



El *apartheid* como metáfora

De Sudáfrica al mundo. Ningún país representa tan claramente la segregación racial como Sudáfrica. Por dos razones: porque allí se produjo un sistema de *apartheid* con una impunidad y una falta de pudor absolutos; porque el resto de países del mundo utilizó Sudáfrica, que fue sometida a un boicot internacional, como paradigma del racismo político e ideológico, como si centrando la atención sobre ese país se exorcizaran sus pecados de discriminación. Al señalar con el dedo a los blancos sudafricanos, las naciones del primer mundo defensoras de los derechos humanos ocultaban el funcionamiento de los mecanismos de discriminación en su casa y redimían sus conciencias democráticas. Sudáfrica fue una cabeza de turco universal, el prototipo del mal, necesario para que los demás se columpiaran en el bien.

Nada de lo que se experimentó en Sudáfrica entre 1948 y principios de los años noventa era nuevo. La historia del racismo venía de lejos y el retrato de las víctimas propiciatorias hacía años que se había dibujado. El nazismo había llevado la discriminación racial hasta el paroxismo. El humo de los campos de exterminio se apagaba cuando el gobierno sudafricano construía los ghettos donde se recluyó a la población negra y pobre. Una doble figura clásica del racismo. Cincuenta años tardó la revuelta de la mayoría en romper las cadenas. Y todavía hoy las marcas de la discriminación están vivas.

Del mismo modo, el final del *apartheid* en Sudáfrica no significa, ni mucho menos, el final del racismo y la discriminación en el mundo. Al contrario: actualmente el mundo está regido por un sistema global de segregación que tiene mucho que ver con el *apartheid* sudafricano, hasta el punto que constituye una verdadera metáfora de algunas formas de dominación contemporánea. Cada vez son menos los que lo tienen todo, y más los que no tienen nada, a los que se somete con una amplia gama de instrumentos de discriminación. Europa coloca vallas –Ceuta y Melilla, sin ir tan lejos– para impedir que los que vienen del Sur lleguen al continente y, en cambio, construye autopistas para los que vienen del Norte.

Desde esta perspectiva global, la exposición visita el *apartheid* sudafricano y escarba en él, a través del testimonio que nos han dejado los artistas. El arte es una forma peculiar de conocimiento que a menudo nos descubre rincones y dimensiones que la razón no siempre tiene los instrumentos para entender. Hemos recurrido a él para descomponer el imaginario del racismo y sus epifenómenos políticos, morales y culturales. Y para provocar una interrogación sobre nosotros mismos. Sobre los parámetros que presiden el mundo globalizado. Porque por mucho que nos pueda parecer que el proceso de contracción del espacio y de aceleración del tiempo en que vivimos tiende a mezclarnos a los unos con los otros, por mucho que las sociedades étnicamente puras afortunadamente hayan dejado de existir para siempre más, los mecanismos de exclusión siguen operando y roturando el propio espacio urbano. En la actualidad, Johannesburgo, superado el *apartheid* legal, sigue manteniendo una terrible discriminación entre los barrios de los ricos, la mayoría de ellos blancos, y los barrios de los pobres, casi todos negros. Johannesburgo, ¿es el pasado o es el paradigma del futuro? Ésta es en el fondo la interpelación que encierra la exposición.